

RAFAEL LANFRANCO

EL IMAQUINARIO DE YUTE & TOCUYO



Planeta
Junior



RAFAEL LANFRANCO

EL
IMAQUINARIO
DE YUTE &
TOCÚYO

Planeta
Junior

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

EL IMAQUINARIO DE YUTE Y TOCUYO

© 2022, DE LOS TEXTOS E ILUSTRACIONES:
RAFAEL LANFRANCO

Diseño de portada e interiores:
Departamento de Diseño de Editorial Planeta Perú
Edición: Anahí Barrionuevo
Revisión técnica: Carlos Salas

Derechos reservados
© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.
Bajo su sello editorial Planeta Junior
Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704
Magdalena del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: marzo 2022
Tiraje: 2000 ejemplares

ISBN: 978-612-5060-06-8
Depósito Legal N.º 2022-02952

Impreso en Aza Graphic Peru S. A. C.
Av. José Leal N.º 257, Lince, Lima, Perú

Lima – Perú, abril 2022

*A mi familia,
por su apoyo incondicional*

YUTE Y TOCUYO

Yute y Tocuyo vivían en un mundo de chatarra y desperdicio conocido como el Imaquinario. Era una extensión infinita de valles y montes formados por pedazos de máquinas, televisores, radios, motores, fierros retorcidos, tuercas, clavos, mallas, amortiguadores, puertas de automóviles, turbinas de aviones y cuanto traste desechado se pudiera imaginar.

Yute era un genio. Físico, ingeniero y matemático vehementemente, cuando veía cualquier pedazo de chatarra, de inmediato imaginaba las más asombrosas máquinas. Era un pequeño robotito de cuerpo compacto y piel de yute, con una prominente cabeza trapezoidal que formaba un embudo colosal al cual entraba todo cuanto veía y de donde salían miles de ideas acompañadas por detalladas descripciones y fórmulas. Allí surgían retroballenas voladoras, retrocaracoles turbodiésel, exotrajés aéreos, cucarachas tanque y mechadragones alados. De manera genérica, Yute llamaba a sus creaciones «mechamorfos», o simplemente «mechas». Como fuentes de energía usaba unos objetos metálicos con forma de cohete y alto poder explosivo, a los que llamaba «retrobombas». Eran

fuentes convenientes, porque las retrobombas abundaban en el Imaquinario. Una vez transformadas, las llamaba «emojibombas».

Cómo me divierte hacer mechas, pensaba Yute.

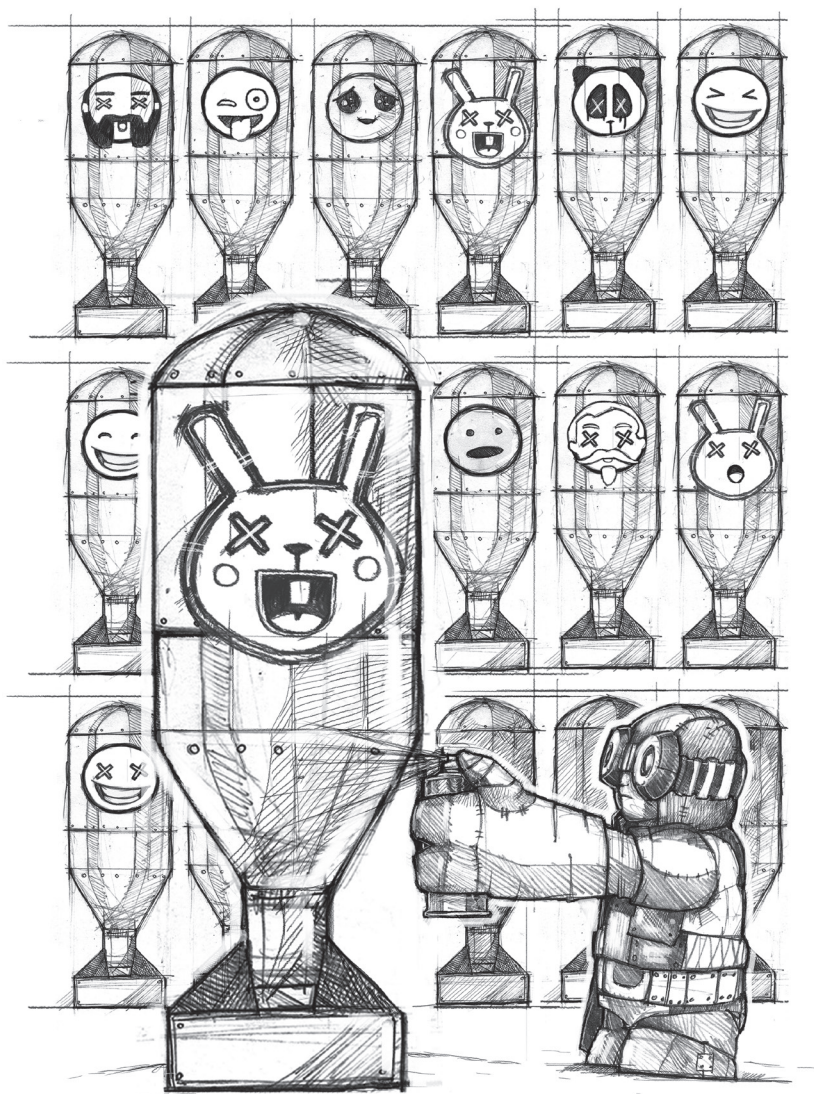
Si bien la cabeza de Yute era grande, sus manos eran pequeñas y no era mucho lo que podía construir con ellas. Una cosa era idear fórmulas, escribir descripciones y dibujar planos, pero otra muy distinta era ajustar tuercas, moldear fierros, martillar latas, soldar piezas. Justo ahí era donde los dedos atenazadores y los fortísimos brazos de su buen amigo Tocuyo le resultaban de infinita ayuda.

No había nada que Tocuyo, el robot de las manos fuertes, no pudiese torcer. Pero lo mejor de Tocuyo era que no le temía a nada. Era intrépido, rayando en lo irresponsable. La velocidad, la altura y la distancia le resultaban indiferentes. Cuando terminaban una máquina cualquiera, se trepaba sin dudarlo al sillón del piloto de prueba, decía «¡La luz!», activaba los motores y partía para adelante, para arriba o para abajo, según correspondiera. La máquina tenía que probarse, tenía que ajustarse, y se necesitaba al mejor piloto de todos para hacerlo. Yute lo miraba a distancia prudente, admirándolo secretamente, mientras tomaba los apuntes necesarios que permitirían precisar y rediseñar para después volver a probar.

Había otro detalle inusual en Tocuyo: era resistente a los impactos.

O, al menos, sabía protegerse en las caídas con pericia felina, apretar el botón de eyección en el momento preciso, abrir el paracaídas justo en el límite, caer parado sin problemas. Y al cabo de cada proeza, que realizaba con total naturalidad, inconsciente del prodigio, de nuevo decía

«¡La luz!». «La luz» por aquí, «La luz» por allá. Además, desplegaba una rara pasión por pintar símbolos de excepcional simpleza, a los que Yute bautizó como «emojis». Eran caritas infinitas que quién sabía de dónde venían. Debían ser de otro tiempo, teorizaba Yute.



En cambio, cada vez que Yute osaba probar alguna de sus invenciones, las cosas nunca salían como quería.

Por ejemplo, la primera vez que quiso probar el exotraje alado de murciélago lanzándose desde una torre de veinticinco metros, su mente proyectó, por un reflejo de autoprotección, cincuenta y seis escenarios posibles de eventos fatídicos; ciento quince de heridas graves, pérdida total de brazos o piernas, o traumatismo encéfalo craneano grave; doscientos treinta y seis de heridas leves; y solo veinte posibilidades de aterrizaje sin daño. *Demasiado riesgo*, pensó, temblando. Bajó de lo alto de la torre, sospechando que quizás sería mejor dejar que Tocuyo probara el exotraje.

Se decidió a intentarlo otras treinta veces, todas las cuales escaló hasta la cúspide de la torre. Pero siempre terminaba por bajar, sin haberse atrevido a saltar. 🧐

EL MECÁNICO

Parado en una montaña de televisores rotos o descompuestos, Yute tuvo una epifanía. En realidad, no fue precisamente en la cima de la montaña, sino en sus faldas, unos minutos después de haber descendido abruptamente.

Una de las pantallas de un viejo televisor en blanco y negro se resistía tercamente a dejar su casco de plástico. Yute la necesitaba para el panel de control de un retrotoro mecánico que estaba construyendo para recorrer un valle de chatarra cercano a su taller. Jaló la pantalla con sus manos enanas utilizando el máximo de su fuerza, y en ese afán, al mismo tiempo que lograba sacar la pantalla, tropezaba allá en lo alto de la montaña, y enseguida rodó, arrastrando pantalla, casco y cables, hasta que su cabeza trapezoidal impactó contra una retorcida cruz de metal. *¡Riesgo de traumatismo eléctrico, veinte por ciento...!*, fue lo último que pensó. Todo se puso oscuro y sus circuitos se apagaron.

Media hora después, abrió sus ojos metálicos y el mundo se hizo blanco.

Quizá esto es lo que ve Tocuyo cuando repite «¡La luz!», pensó.

Poco a poco, el blanco fue disipándose como una niebla lechosa, hasta que la gran cordillera de chatarra que tenía delante ingresó de nuevo con nitidez a su sistema óptico.

Frente a sí vio todos los televisores, lo que le trajo inmediato alivio, pues dedujo que no se habían producido fallas permanentes en su sistema.

La calma, sin embargo, le duró apenas unos segundos. *¿Qué es esto que tengo en la cabeza?*, pensó. *Qué molestia tan inusual.*

Su vista eléctrica se sintió distinta: una extrañísima pregunta había aparecido en su sistema operativo. Era una interrogante que no se había planteado jamás. Res-



$$\begin{aligned} & \prod_{i=1}^n \left(\frac{e^{i\theta_i}}{i} \sum_{j=0}^{\infty} \binom{n}{j} \left(\frac{r+2j}{i} \right) \binom{n}{j} \right) \\ & \binom{n}{j} \left(\frac{e^{i\theta_i}}{i} \right) \frac{e^{i\theta_i}}{i} \binom{n}{j} \frac{t_{i,j}^2}{i} \binom{n}{j} \left(\frac{r+2j}{i} \right) \\ & \sum_{j=0}^{\infty} \frac{t_{i,j}^2}{i} \left(\frac{1}{i} \right) \end{aligned}$$

pondía miles de preguntas a diario, a las que daba soluciones en sus planos de diseño, o a las que contestaba con frases descriptivas o fórmulas físicas y matemáticas. *¿Cuánto de altura? ¿Qué velocidad? ¿Qué ángulo y distancia? ¿Cuánta resistencia al calor tiene este material? ¿Cómo hago que esta retroballena sea más aerodinámica? ¿Cuánta fuerza tiene Tocuyo en sus manos?* Todas las interrogantes tenían respuestas cuantificables que él producía con un rápido parpadeo de circuitos. Pero esta era distinta. Se concentró tratando de encontrar un número, una unidad de medida, ya fuera de peso, de movimiento, de lo que sea... Pero la respuesta resultaba insuficiente.

A la sombra de la montaña de televisores, y con la pantalla y el casco de ese viejo traste en blanco y negro a su lado, su cabeza le hizo la Pregunta:

¿QUIÉN ME HIZO, DE DÓNDE VENGO Y POR QUÉ ESTOY AQUÍ?

Lo peor fue que de esa pregunta derivaron otras: *¿Por qué me gusta hacer máquinas? ¿Para qué sirven de verdad? ¿Tienen algún propósito mayor, más allá de divertirme? ¿Hay algo más en este Imaginario que solo construir máquinas?*

No había terminado de hacerse esas últimas preguntas cuando, inesperadamente, en la pantalla en blanco y negro se proyectó una imagen entrecortada por interferencia, acompañada de unos sonidos armoniosos y bizarros. La pantalla del televisor seguía conectada por un par de cables a la caja, y la caja, a su vez, a una enorme máquina de plástico y metal en cuyo extremo se leía la palabra *Betamax*.

Tomó la pantalla, le dio un par de golpes y la imagen entrecortada adquirió la forma de un personaje a quien Yute jamás había visto. Llevaba un desgastado overol gris que cubría por completo su figura alta y delgada, con unos ojos que Yute supuso, aunque se hallaban escondidos tras unos gruesos lentes negros, similares a los suyos. No le pareció un ser mecánico, pues no pudo distinguir engranajes ni pistones ni ninguna otra pieza de metal ensamblada en su cuerpo. Su superficie era más bien similar a los retazos de cuero o de plástico que abundaban en el Imaquinario. Sostenía un pequeño motor entre sus enormes manos enfundadas en guantes de jebe. Detrás de él se veía infinidad de pedazos de máquinas, en lo que parecía ser el taller más ordenado y limpio que Yute jamás hubiera visto.

—¡Bienvenido al taller del Mecánico, donde todo se puede arreglar! —dijo el personaje con entusiasmo. Luego, la interferencia interrumpió la imagen y el sonido se fue.

Yute le dio otro par de golpes a la pantalla, e imagen y sonido regresaron.

—¡Aquí, en mi taller, encontrarás las respuestas a todas tus preguntas!



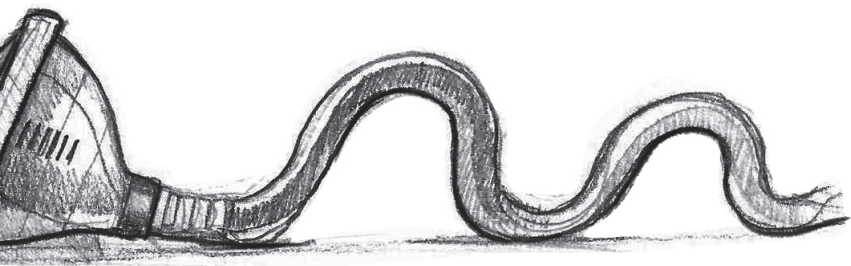
La imagen volvió a irse y centellearon miles de puntitos blancos en la pantalla, mezclados con un sonido que semejaba al de mil voces hablando a la vez. Luego todo eso se fue y la imagen regresó. Apareció nuevamente el Mecánico, pero esta vez había dejado el motorcito a un lado, sobre una mesa, y al otro lado se observaba una máquina cúbica con cuatro ruedas, que a Yute le recordó uno de sus vehículos terrestres.

—¡Ya sabes dónde encontrarme! —alcanzó a escuchar, y la imagen volvió a desvanecerse, sin que ningún esfuerzo de Yute pudiera disolver la interferencia.

Yute regresó a su taller con la pantalla, el casco y el Betamax a cuestas, con la intención de mostrarle su descubrimiento a Tocuyo. El robotito de las grandes manos ajustaba fierros y motores de un modo que, la verdad, no hacía sentido alguno. De hecho, Tocuyo no ataba ni des-

ataba cuando construía sin Yute. Sus máquinas eran inservibles, carecían de forma y función. Las hacía de manera compulsiva y, después de terminirlas, simplemente las arrojaba en un montículo de desechos para entregarse de inmediato a la siguiente. «Qué pérdida de energía», solía decirle Yute.

Tocuyo solo respondía «¡La luz!».



Yute le mostró la pantalla a Tocuyo y apretó el botón *Reproducir* de la máquina de video. Nuevamente apareció la imagen entrecortada y con interferencias del alargado personaje de anteojos y overol.

—¿La luz? —preguntó Tocuyo.

—Tengo esta pregunta alocada en la cabeza. Rodé desde la cima de la montaña de televisores y, tras el golpe, no ha dejado de sobrecargar mis circuitos. Quiero saber quién nos hizo y para qué.

—La luz.

—¿Nunca te has preguntado por qué nos gusta hacer máquinas? ¿Para qué sirven? —continuó Yute.

—La luz.

—Yo sé que es divertido.

—La luz.

—Y también que, gracias a ellas, hemos explorado este Imaquinario. Pero quisiera plantear una hipótesis nueva de trabajo, a ver qué piensas. ¿Nuestras máquinas podrán ayudarnos a contestar esa pregunta?

—¿La luz?

—¿Qué te parece si viajamos por el Imaquinario para buscar a este tal Mecánico que dice tener las respuestas a todas las preguntas?

—La luz.

—Será como otro de nuestros viajes. Si todo sale bien, estaremos de regreso en el taller antes de que el sol rojo dé dos vueltas.

—¡La luz! —aceptó Tocuyo. 